Juego de niños

Era un domingo por la tarde, uno de esos días que se deslizan entre la rutina y el hastío, cuando la familia de Fernando —un muchacho de quince años con una barba incipiente que apenas sombreaba su rostro aniñado— decidió almorzar en El Pollo Feliz, un restaurante de paredes desconchadas y neones parpadeantes, famoso por su pollo asado jugoso y crujiente. Para Fernando, esas visitas eran más que una simple comida; representaban un escape, un paréntesis de libertad en la zona infantil, un rincón caótico de risas y colores donde los juegos prometían un refugio temporal del mundo. Aunque el cartel desvaído en la entrada rezaba "Máximo 10 años", nadie parecía reparar en que él, con su figura menuda y su entusiasmo desbordado, había cruzado ese umbral hace tiempo. Entre los niños más pequeños, su presencia pasaba desapercibida, como un intruso disfrazado de nostalgia. Esa tarde, mientras se hundía en la piscina de pelotas con una mezcla de torpeza y júbilo, un niño rollizo de diez años se acercó con pasos decididos. Sus mejillas, encendidas como manzanas maduras, brillaban bajo la luz tenue, y sus manos, pegajosas por quién sabe qué dulce derretido, relucían con un lustre sospechoso. Era Turris. Fernando, reservado por naturaleza, apenas alzó la vista, su mirada esquiva buscando refugio en las pelotas de colores. Pero el pequeño no titubeó; con una sonrisa ancha y desprovista de malicia, extendió su mano húmeda y dijo: "Hola, me llamo Turris, ¿y tú?". Al estrechar aquella palma viscosa, Fernando sintió un escalofrío recorrerle la espalda, una mezcla de asco y una curiosidad inexplicable. Con un titubeo que traicionaba su timidez, respondió: "Soy Fernando… ¿qué quieres de mí, wey?". Su voz, aunque intentaba sonar firme, se quebró en un dejo de desconfianza.

No pasó mucho tiempo antes de que los dos encontraran un compás en su juego. Entre risas entrecortadas y tropiezos torpes, se deslizaban por el tobogán y rebotaban en las pelotas, ajenos al bullicio del restaurante y al aroma a grasa que impregnaba el aire. Sin embargo, desde un rincón distante, una figura los observaba con una intensidad perturbadora. Era una botarga de pollo, deslucida y desaliñada, con plumas sintéticas desteñidas que colgaban como jirones de un disfraz olvidado. Las manchas oscuras que salpicaban su tela raída sugerían historias que nadie quería indagar. Bajo el disfraz, alguien murmuraba por un radio con voz entrecortada: "Creo que encontré a nuestros objetivos, pareja". Una respuesta crepitó al otro lado, seca y urgente: "Ejecuta el Plan A, en chinga". El hombre-pollo, con un nerviosismo que hacía temblar sus manos emplumadas, bajó la vista hacia una servilleta arrugada que aferraba en su puño. En letras torcidas, garabateadas con prisa, se leía:

> PLAN A:
> Conseguir 2 (dos) críos.
> Llevar la ropa a la lavandería.

Con un susurro que resonó como un rezo envenenado, el pollo masculló: "Deus vult". Luego, con una determinación tambaleante, emprendió su marcha hacia la zona infantil, el disfraz crujiendo con cada paso. Al llegar, se plantó frente a los chicos como una aparición grotesca. Su respiración, pesada y entrecortada, resonaba bajo la máscara, un jadeo que bordeaba lo inquietante. Con una voz empalagosa, torpe y teñida de una dulzura forzada, anunció: "Hola, pequeñines, ¿les gustan los Pokimones?". De una bolsa de plástico mugrienta extrajo un par de juguetes baratos —figuritas de plástico descoloridas— y los agitó frente a ellos como si fueran tesoros. "Les doy uno si me hacen caso, ¿okey?". Turris, con los ojos abiertos como platos y el rostro pálido, dio un paso atrás, su instinto gritándole que algo estaba mal. Fernando, en cambio, permaneció inmóvil, su cautela aplastada por el brillo de la codicia. "Dale pues, wey, dame un Pokémon", exigió con un tono desafiante que intentaba disfrazar su propia incertidumbre. El pollo, torpe pero sorprendentemente ágil, depositó un objeto en cada mano. "Un Pokimón para ti, pequeñín, y otro Pokimón para ti", dijo, su voz oscilando entre lo ridículo y lo siniestro, traicionada por un leve temblor.

Fernando inspeccionó su “premio” con el ceño fruncido. Lo que sostenía no era un Pokémon, sino una figurita gastada de Bob Esponja, con la pintura desconchada y un ojo medio derretido. La indignación le subió al rostro como una marea. “¡Eh, wey! ¡Esto no es un Pokémon! ¿Qué estás wey?”, gritó, su voz cortando el aire como un latigazo. El hombre-pollo, herido por la crudeza del reproche, pareció tambalearse. Por un instante, sus hombros emplumados se hundieron, y un sollozo ahogado escapó de la máscara. Pero se recompuso con un esfuerzo visible y, con un hilo de voz, insistió: “Si me acompañan a mi camioneta, ahí tengo Pokimones de verdad, ¿qué os parece?”. Turris, paralizado por las advertencias que resonaban en su memoria —“nunca hables con extraños”—, no dijo nada, su cuerpo rígido de temor. Fernando, en cambio, hinchó el pecho con la arrogancia de quien se cree invencible. “A ver, wey, me vas a dar mi Pokémon quieras o no”, replicó, cruzando los brazos con desafío.

El pollo, tragándose las lágrimas que nadie podía ver, asintió con resignación. “Bueno, vamos rápido antes de que los vean… digo, antes de que se escapen los Pokimones”, corrigió, su voz tropezando con las palabras. Los condujo al estacionamiento trasero del restaurante, un lugar sombrío donde el sol apenas lograba colarse entre las grietas del concreto. Frente a una furgoneta vieja, con la pintura descascarada y las ventanas opacas de mugre, se detuvo. “Los Pokimones están aquí dentro, pero no puedo abrir así nomás porque se salen. Les abro y ustedes se meten rápido, ¿ok, niños?”, explicó con una urgencia que no logró disfrazar su nerviosismo.

Fernando, imaginándose ya con un Pikachu de verdad correteando a su lado, vibraba de emoción, su juicio nublado por la fantasía. Turris, sin embargo, reunió el poco valor que le quedaba y susurró: “Vámonos, Fer, no creo que tenga Pokemones ahí”. Sus palabras encendieron a Fernando como una chispa en gasolina. “¡Cómo estás wey! Claro que sí tiene Pokemones, a huevo me tiene que dar uno el wey”, gruñó, su tono cortante y autoritario. Turris apretó los labios, conteniendo el miedo que le trepaba por la garganta. Sin más preámbulos, el hombre-pollo abrió la puerta trasera de la furgoneta con un chirrido oxidado, empujó a los chicos dentro con un movimiento brusco y cerró con llave. El cerrojo resonó como un martillo sobre un yunque, sellando su destino en la oscuridad.

El interior de la furgoneta era un infierno sofocante. Un hedor acre —una mezcla nauseabunda de ropa sucia, sudor rancio y frituras añejas— saturaba el aire, tan denso que parecía adherirse a la piel como una capa viscosa. La humedad rezumaba desde las paredes metálicas, y el calor encerrado amplificaba cada sensación. Fernando, obstinado en su búsqueda de un Pokémon, apenas registró el ambiente; con una mezcla de furia y esperanza ciega, comenzó a hurgar entre los montones de prendas mugrientas que llenaban el espacio. “¡Pikachu! ¿Dónde estás, wey?”, gritaba, su voz resonando en el metal. La oscuridad era casi absoluta, un manto negro que apenas dejaba entrever siluetas deformes. Con cada movimiento, el tufo se intensificaba, como si la ropa exhalara su podredumbre en un lamento silencioso. Turris, inmóvil en un rincón, sentía cómo el mareo lo envolvía, un vértigo que subía desde su estómago y le nublaba la mente. Pronto, el aire viciado y el agotamiento los vencieron; sus cuerpos cedieron, desplomándose inertes entre las telas, sumidos en un sueño pesado y sin sueños que los arrancó del mundo por horas.

Cuando Fernando despertó, una luz blanca y artificial lo golpeó como un puñetazo. Parpadeó lentamente, sus ojos luchando por ajustarse a la claridad estéril que lo rodeaba. Al abrirlos por completo, el aliento se le atoró en la garganta: ante él se alzaba un parque de diversiones en miniatura, un espectáculo imposible de montañas rusas diminutas que serpenteaban en silencio, carruseles girando con una lentitud hipnótica y luces titilantes que parecían sacadas de un sueño febril. Se frotó los ojos con fuerza, convencido de que alucinaba, pero la visión permaneció, nítida y tangible, como si alguien hubiera arrancado un pedazo de fantasía y lo hubiera plantado en la realidad. Giró la cabeza y vio a Turris, aún inconsciente, tirado sobre el suelo pulido como un muñeco olvidado. Se acercó con pasos torpes y lo sacudió con impaciencia. “Wey, ya levántate. Mira qué chingón está este lugar”, dijo, su voz resonando con una mezcla de asombro y urgencia.

Turris emergió del sopor poco a poco, sus párpados temblando antes de abrirse del todo. Cuando lo hizo, sus ojos se agrandaron, reflejando el caos de colores y formas que los rodeaba. Balbuceó algo ininteligible, atrapado entre el terror y la maravilla. No tuvieron tiempo de procesar lo que veían.

A varios metros de distancia, en un cuarto sombrío donde la única luz provenía del parpadeo de decenas de monitores alineados en una pared, dos figuras conversaban en susurros. Una mujer de edad avanzada, con el rostro surcado por arrugas profundas como grietas en un desierto, observaba las pantallas con ojos fríos y calculadores. A su lado, un hombre encorvado, de edad similar, tamborileaba los dedos sobre una mesa con un ritmo nervioso. "Ya estamos completos", dijo ella, su voz rasposa cortando el silencio como un cuchillo. "Ya mero es hora de comenzar". El hombre giró la cabeza hacia ella, esbozando una sonrisa torcida. Con un acento alemán tan exagerado que rozaba lo teatral, respondió: "Zí, ez horaz de que comienze el juegoz". Su risa, baja y gutural, reverberó en la penumbra, mientras las imágenes de Fernando y Turris titilaban en los monitores como piezas en un tablero macabro.

El suelo bajo los pies de los chicos vibró con un zumbido mecánico, y las luces parpadearon en una danza errática. Un chirrido metálico rasgó el aire, y una trampilla se abrió en el centro del suelo. Dos figuras pequeñas emergieron, empujadas hacia arriba por una plataforma oxidada. Eran Mona y Tuty, ambas de diez años, con los rostros pálidos y los ojos desorbitados por el miedo. Mona, de cabello corto y desgreñado, aferraba un osito de peluche raído como si fuera su última conexión con la realidad; Tuty, con trenzas deshechas y los labios temblorosos, parecía a punto de derrumbarse. "¿Qué chingados pasa aquí, wey?", exclamó Fernando, su voz cortante mientras miraba a las recién llegadas con una mezcla de desconcierto y fastidio.

Antes de que alguien pudiera responder, una voz amplificada retumbó desde altavoces invisibles, fría y afilada como una hoja de acero: "Bienvenidos, pequeños, al Juego del Destino. Soy la señora González, y junto a mi amigo Franz, seremos sus anfitriones". En el cuarto de los monitores, la anciana de rostro agrietado sonreía con una satisfacción helada, mientras Franz, con su acento caricaturesco, añadía: "Zí, un juegoz divertidoz para valientez niñoz". La señora González continuó, su tono implacable: "Este parque no es lo que parece. Cada cuarto es un reto, una prueba de ingenio y coraje. Si fallan, mueren. Si triunfan, avanzan. Solo uno saldrá vivo. Que comience la diversión". Frente a ellos se alzaba una imponente puerta con un número "1" grabado en lo alto, su superficie metálica reflejando las luces en destellos ominosos. "Creo que ese es el primer cuarto", murmuró Turris, su voz temblorosa al borde del llanto. Todos avanzaron con pasos lentos, el eco de sus pisadas resonando en el silencio. La puerta estaba entreabierta, invitándolos con una promesa incierta. "¿Están listos para el primer reto, weyes?", preguntó Fernando, proyectando una seguridad que apenas podía sostener, antes de empujar la puerta con un movimiento decidido. Turris, luchando por contener las lágrimas, susurró: "¿Quién de nosotros saldrá vivo?". Fernando, fingiendo una valentía que se desmoronaba en su interior, respondió: "Todos vamos a salir vivos, que se chinguen esos weyes". Aunque lo dijo con firmeza, una sombra de duda lo carcomía; aun así, sabía que debía mantener el control, evitar que el pánico los devorara antes de empezar.

Uno a uno, cruzaron el umbral de la puerta, el aire cargado de una tensión que les roía las entrañas. El cuarto que los recibió era un contraste perturbador: las paredes estaban cubiertas de dibujos infantiles de Mickey Mouse y sus amigos, trazos torpes y descoloridos que parecían sonreír con una inocencia fuera de lugar. En el centro, cuatro mesas de madera astillada se alzaban como altares macabros, cada una sosteniendo una pecera de vidrio repleta de un hervidero de vida repulsiva: cucarachas que correteaban con frenesí, gusanos viscosos que se retorcían en nudos, y lagartijas de ojos brillantes que se deslizaban entre el caos. El aire olía a humedad y podredumbre, un tufo que se pegaba al paladar. Fernando, con el estómago revuelto, reparó en una nota adherida a una de las peceras, escrita en una caligrafía torcida y burlona:

> Si deseas salir de este cuarto, tus manos deberás meter. Cuatro peceras hay, mas solo una la llave guarda que os liberará. Apresuraos, pues el tiempo vuela y el reloj no perdona.
>
> Con amor, la Sra. González y Franz.

"¡Cada quien escoja una pecera y busque, rápido!", ordenó Fernando, su voz quebrándose en un grito que intentaba ahogar el terror que lo atenazaba. Tuty, Mona y Turris, movidos por una mezcla de obediencia y desesperación, hundieron las manos en las peceras sin dudar. Sus dedos se sumergieron en la masa viscosa, apartando insectos que crujían y se retorcían bajo su tacto. Turris, con una mueca de asco que no lograba ocultar, se llevó un par de cucarachas a la boca, masticándolos con una determinación casi feral, como si probar su valentía pudiera salvarlo. Fernando, en cambio, sintió cómo la bilis le subía a la garganta con solo imaginarlo. Avanzó hacia su pecera con pasos vacilantes, pero al asomarse al borde y ver el caos de patas y colas, el horror lo golpeó como un martillo. Su rostro palideció, sus piernas cedieron, y se desplomó al suelo con un golpe seco, un ¡tud! que resonó como un eco de su derrota.

Mientras tanto, en la sala de monitoreo, la señora González y Franz observaban el espectáculo con deleite sádico. Sobre una mesa desvencijada, se sirvieron copas de vino tinto, el líquido oscuro reflejando las luces parpadeantes de los monitores. "Ezoz niñoz ser como ratonez en zapatoz", comentó Franz con una voz ronca y burlona, su acento exagerado tiñendo cada palabra de un matiz grotesco. La señora González soltó una carcajada seca, aunque no tenía idea de qué intentaba decir. "Todo muy bien, Franz, pero ¿por qué parece que los niños se están divirtiendo? Bueno, excepto ese muchacho viejo con el pelo en pico que se desmayó", replicó, señalando la pantalla donde Fernando yacía inmóvil. Franz, con una seriedad que desentonaba con su tono socarrón, respondió: "La liebrez y el zapoz ziemprez zer amigoz hazta el amanecerz". Lo dijo con tal convicción que la anciana dudó si era una traducción torpe de algún proverbio o simplemente un delirio senil. Optó por ignorarlo y alzó su copa, brindando por el caos que se desplegaba ante ellos.

En el cuarto, la búsqueda frenética dio frutos. Turris, con las manos temblorosas y cubiertas de una baba verdosa, extrajo una llave pequeña y oxidada de entre los insectos. "¡La tengo!", exclamó, su voz un hilo de alivio entre el zumbido de las cucarachas. Pero Fernando seguía tirado, un bulto inerte en el suelo. Mona, con una chispa de ingenio macabro, sugirió: "Hay que ponerle una cucaracha en la boca, eso lo despertará". Turris, sin pensarlo demasiado, escupió uno de los bichos que aún tenía entre los dientes y lo colocó torpemente sobre los labios de Fernando. Este, que en realidad había estado fingiendo su desmayo para evitar el reto, reaccionó al instante. Un alarido agudo y patético escapó de su garganta mientras se sacudía la cara con furia, como si quisiera arrancarse la piel. Se puso en pie de un salto, gritando: "¡Pinches weyes! ¿Por qué hicieron eso? ¿Qué no ven que estaba desmayado?". Los demás se limitaron a encogerse de hombros, sus rostros impasibles ocultando una mezcla de diversión y desprecio. Sin más palabras, decidieron avanzar al siguiente cuarto.

La puerta marcada con un enorme "2" se alzaba ante ellos, su superficie metálica reflejando sus figuras como un espejo deformado. La cruzaron con una confianza frágil, aliviados por haber superado el primer reto con relativa facilidad. Todos, excepto Fernando, que aún temblaba de furia y humillación por la cucaracha. Decidió enterrar el recuerdo en lo más profundo de su mente y seguir adelante, aunque el sabor amargo de la vergüenza seguía pegado a su lengua. El nuevo cuarto era una escena extraña, una recreación tosca de un patio de vecindad o un lote en obra negra, con paredes de cemento desnudo y un suelo polvoriento. En el centro, colgaba una piñata gigantesca en forma de burrito —el animal, no la comida—, sus colores chillones y su sonrisa pintada contrastando con el aire lúgubre del lugar. Fernando, buscando redimirse, pensó para sí mismo: "Esta se ve bien pelada, la voy a resolver yo para que estos weyes no se vayan a quejar." Se aclaró la garganta con un carraspeo teatral y anunció: "A ver, esta se ve que es para chicos grandes, yo me

encargo”. Se frotó las manos con una mezcla de arrogancia y nerviosismo. Al acercarse, notó una nota pegada al cuerpo de la piñata, escrita en la misma caligrafía retorcida del cuarto anterior:

> No todos los dulces son dulces. Golpea tres veces: izquierda, centro, derecha. Pero cuidado… algunos regalos muerden.

Fernando tomó el palo de madera que yacía al pie de la piñata, su peso áspero bajo sus dedos, y se preparó para descargar su frustración. Tuty, con una voz tímida, lo interrumpió: “¿Sabes qué significa el acertijo?”. No queriendo parecer débil, Fernando infló el pecho y replicó con una confianza fingida: “¡Claro que sé qué significa, wey! Si no estoy wey, wey!”. Molesto por la duda, tomó impulso y asestó el primer golpe al flanco izquierdo de la piñata. Un crujido resonó, y por los altavoces invisibles brotó una voz que imitaba a Mickey Mouse de forma tan torpe que rozaba lo grotesco: “Hola, amiguito. ¡Vamos a divertirnos!”. Fernando apenas le dio importancia y, con un gruñido, lanzó el segundo golpe al centro. La piñata tembló, y esta vez los altavoces escupieron un fragmento estridente de “Livin’ la Vida Loca” de Ricky Martin, la melodía cortada abruptamente por ecos metálicos. Finalmente, con un movimiento seco y decidido, golpeó el lado derecho. Un estruendo sordo llenó el aire, seguido por un sonido de flatulencia amplificado que reverberó en las paredes, arrancando una mueca de disgusto a todos.

La piñata se partió en dos con un chasquido, y de su interior se derramó una cascada de dulces: caramelos envueltos en celofán brillante, barras de chocolate ligeramente derretidas y paletas de colores chillones. Por un instante, el grupo se quedó inmóvil, atrapado entre la sorpresa y el alivio. Fernando, con una sonrisa triunfal, se inclinó para recoger un puñado de golosinas, pero algo en el fondo de la piñata captó su atención: un brillo metálico entre los dulces. Era otra llave, esta vez más grande, con un diseño intrincado que parecía susurrar promesas y amenazas. La levantó con dedos temblorosos, consciente de que cada paso los acercaba más a un destino que aún no podían descifrar.

En la sala de monitoreo, la señora González y Franz intercambiaron una mirada cómplice. “Zon más reziztentez de lo que penzaba”, gruñó Franz, sorbiendo su vino con un placer evidente. La anciana asintió, sus labios curvándose en una sonrisa helada. “Que sigan jugando. El verdadero reto apenas comienza”. Mientras las pantallas titilaban con las imágenes de los chicos, el eco de sus risas y maldiciones llenaba el aire, un preludio inocente a la tormenta que se avecinaba.

Ante ellos se alzaba la puerta número 3, un umbral de madera desgastada que parecía susurrar secretos inquietantes. Sin titubear, la abrieron con un movimiento brusco, casi febril, como si al apresurar el paso hacia lo inevitable pudieran amortiguar su impacto. Al cruzar el umbral, el aire cambió: una ráfaga cálida y densa los envolvió, y ante sus ojos se desplegó un espectáculo inesperado. Era una carpa de circo en miniatura, una réplica diminuta y grotesca de las ferias ambulantes de antaño, con sus colores desvaídos y un aire de abandono que pesaba en el ambiente. A la entrada, un letrero de lona descomunal, bordado con letras torcidas y chillones tonos escarlata, proclamaba la presencia de la única "mujer lagarto" en cautiverio. "Desobedeció a sus padres y así terminó como castigo", advertía el mensaje, cargado de un tono moralista que rozaba lo absurdo. Tuty, con los ojos brillantes de emoción y una sonrisa que delataba su entusiasmo infantil, exclamó: "¡Yo conozco esta atracción! Bueno… cuando íbamos a la feria, nunca nos dejaban entrar, pero siempre estaba ahí". Mona, por su parte, moduló su voz hasta convertirla en un susurro meloso, casi caricaturesco, antes de soltar con una mezcla de ternura e incredulidad: "¿Qué putas perras vergas en vinagre es una mujer lagarto?". La carcajada colectiva que estalló entre ellos fue un bálsamo momentáneo, un paréntesis de ligereza que les permitió tomar aliento antes de enfrentarse al destino que los aguardaba tras la lona. Sin embargo, el alivio duró poco. Pegada al exterior de la carpa, una nota críptica, escrita con la misma caligrafía desgarbada que habían visto antes, les lanzó una advertencia ominosa:

> Haz caso a tus padres o en aprietos puedes terminar, como la MUJER LAGARTO. Responde de manera correcta a la misteriosa criatura y avanza; responde de manera incorrecta y serás devorado.

Turris, con el rostro pálido y un temblor apenas perceptible en la voz, se volvió hacia Fernando: "Yo no quiero que me devore la mujer lagarto". Fernando, con esa mezcla de bravuconería y desdén que lo caracterizaba, replicó: "Son puras mamadas de estos weyes, wey. No te rajes". Pero sus palabras se diluyeron en el aire viciado del interior de la carpa, donde un hedor penetrante los golpeó de inmediato: una combinación nauseabunda de desechos animales, sudor rancio y el aroma grasiento de fritangas recalentadas, como si la esencia misma de una feria de pueblo se hubiera podrido en aquel rincón.

En el centro de la carpa, una jaula oxidada dominaba la escena, sus barrotes torcidos proyectando sombras alargadas bajo la luz mortecina de una bombilla colgante. El grupo se acercó con pasos vacilantes, el crujido del suelo bajo sus pies amplificando la tensión que los envolvía. Esperaban lo peor, pero lo que encontraron los dejó petrificados. Allí, dentro de la jaula, yacía una criatura imposible: un cuerpo reptiliano, cubierto de escamas verdosas y brillantes, culminado por una cabeza humana de expresión hastiada. Sus ojos, grandes y vidriosos, los observaban con una mezcla de curiosidad y resignación.

Tuty, con la boca entreabierta, musitó: "¿Es real la mujer lagarto?". Mona, inclinándose para examinarla, respondió con un dejo de desilusión: "Es falsa, mira, su cuerpo no se mueve. Parece un muñeco mal hecho". Turris, menos convencido y más impulsivo, encontró una varita en el suelo polvoriento y decidió que la mejor forma de despejar dudas era actuar. Con la precisión de un espadachín consumado, extendió el brazo y, sin mediar palabra, pinchó a la criatura directamente en uno de sus ojos bulbosos. El alarido que emergió fue desgarrador, un grito que mezclaba dolor animal y furia humana, resonando en la carpa como un lamento espectral. "¡Hijo de tu madre! ¡Mi ojo! ¡Mi ojo! ¡Mi ojo!", rugió la criatura con una voz rasposa, mientras se retorcía en su encierro. El grupo se quedó inmóvil, atrapado entre el horror y la fascinación, mientras una pregunta tácita reverberaba en sus mentes: "¿Qué demonios era esa cosa?".

Fernando, visiblemente alterado pero decidido a tomar el control, rompió el silencio: "¡Ya! ¡Basta de mamadas! Vamos a encontrar esa maldita llave y largarnos de aquí". Sus palabras resonaron con una autoridad que no admitía réplica, y todos giraron hacia él, buscando en su temple una guía en medio del caos. La mujer lagarto, aún recuperándose del ataque, los miró con resentimiento. Luego, alzando la barbilla, adoptó un tono agudo y teatral que parecía ensayado: "A ver, pequeñitos, yo soy la mujer lagarto, y mis acertijos tendrán que resolver, o me los como a todos". Fernando, fingiendo una valentía que apenas lograba sostener, la enfrentó: "¿Cuál es el maldito acertijo que tenemos que resolver, eh?". La criatura, descolocada por la brusquedad de la pregunta, titubeó un instante, como si no estuviera preparada para tanta franqueza. "A ver, déjenme pensar… ¿Agua pasa por mi casa? No, ese lo dije la semana pasada. Ya sé: lana sube y lana baja, ¿qué es?".

Los chicos se agruparon en un círculo apresurado, susurros y gestos ansiosos llenando el aire mientras debatían la respuesta. Fernando, perdido en sus pensamientos, murmuró para sí mismo: "¿Lana baja?". Parecía estar a punto de descifrarlo cuando, de pronto, gritó: "¡Ahora, Turris! ¡Dale duro!". Como un relámpago, Turris blandió su varita con la ferocidad de un guerrero y asestó otro golpe certero en el ojo restante de la criatura. El chillido que siguió fue aún más espeluznante, un aullido de agonía que helaba la sangre. La mujer lagarto se retorció, patética y vulnerable, mientras los chicos observaban sin remordimiento, determinados a escapar a cualquier costo.

Entre sollozos y gemidos, la criatura se recompuso lo suficiente para hablar. "Es la navaja, imbécil", gruñó, con lágrimas viscosas corriendo por su rostro escamoso. "La navaja es la respuesta al

acertijo. ¡Ya lárguense de aquí, son unos salvajes!". Con un último gesto de desprecio, escupió una pequeña llave de bronce que rodó por el suelo hasta detenerse frente a ellos. El grupo la contempló en silencio, atrapados entre el alivio y la certeza de que, aunque habían vencido, algo profundamente perturbador los seguiría más allá de aquella carpa. Fernando recogió la llave y los chicos pasaron al cuarto marcado con un "4" enorme, donde encontraron un cuarto vacío con letrero parado en medio que se leía "en construcción".

Mientras tanto, en el cuarto de monitoreo, la atmósfera se tornaba densa, cargada de una mezcla de tensión y desconcierto. La señora González, sentada en una silla desvencijada que crujía bajo su peso, observaba las pantallas con el ceño fruncido, las arrugas de su rostro profundizándose como surcos en tierra reseca. Sus ojos, fríos y calculadores, se desviaron hacia Franz, su compañero de fechorías, que tamborileaba los dedos sobre la mesa con un nerviosismo apenas disimulado.
"Franz," comenzó ella, su voz rasposa cortando el silencio como un cuchillo desafilado, "¿cuál es el maldito truco del cuarto número cuatro? ¿Qué les espera a esos mocosos ahí dentro?".
Franz, con su figura encorvada y una mata de cabello grisáceo que parecía haber sido peinada por el viento, giró la cabeza hacia ella con una lentitud teatral. Sus labios se curvaron en una sonrisa torcida, dejando entrever unos dientes amarillentos que parecían reliquias de otra era. "El cuartoz cuatroz zer el mejorz," respondió, su acento alemán tan exagerado que rozaba lo caricaturesco, "esez tenerz rayoz lazerz y clavoz oxidadoz." Hizo una pausa, como si esperara aplausos por su supuesta genialidad, mientras sus manos gesticulaban en el aire, trazando líneas imaginarias de láseres y pinchos.

La señora González lo miró fijamente, sus ojos entrecerrándose hasta convertirse en rendijas de incredulidad. El silencio que siguió fue tan pesado que parecía aplastar el zumbido de los monitores. De pronto, una chispa de furia encendió su rostro, y su mano golpeó la mesa con un estruendo que hizo temblar las copas de vino tinto a medio beber. "¿Franz, me estás diciendo que olvidaste terminar el cuarto número cuatro?" exclamó, su tono subiendo hasta un grito que reverberó en las paredes desnudas del cuarto. Las venas de su cuello se hincharon, y su respiración se volvió un jadeo furioso, como si la ineptitud de su colega fuera un insulto personal que no podía tolerar.

Franz, visiblemente incómodo, se encogió en su asiento, sus hombros hundidos bajo el peso de la reprimenda. Bajó la mirada hacia la mesa, donde sus dedos dejaron de tamborilear para entrelazarse en un gesto de derrota. "Puedez zerz que zí," admitió finalmente, su voz reducida a un murmullo avergonzado, casi inaudible bajo el eco del enojo de la señora González. Sus palabras flotaron en el aire como una confesión a medias, un reconocimiento torpe de su descuido que solo avivó la tormenta que se gestaba en su compañera.

La señora González, con el rostro enrojecido y los labios apretados en una línea tan fina que parecía a punto de quebrarse, se puso de pie de un salto, derribando la silla con un estrépito que resonó como un trueno. "¡Ay, no puedo lidiar con esto!" rugió, levantando los brazos al cielo en un gesto de exasperación teatral. Sus ojos brillaban con una mezcla de furia y desesperación, como si el universo entero conspirara para probar su paciencia. "¡Manda al hombre-pollo a que los mate y ya está! Si no puedes hacer un cuarto decente, al menos que ese imbécil emplumado termine el trabajo de una maldita vez." Su voz temblaba de indignación, cada palabra escupida como un proyectil dirigido al corazón de la incompetencia de Franz.

Franz, aún hundido en su vergüenza, alzó la vista con una expresión que oscilaba entre la sumisión y el alivio de recibir una orden clara. "Zí, zeñora," respondió, su tono adquiriendo un matiz servil mientras se enderezaba ligeramente. "El hombrez avez loz araz strudelz." Las palabras salieron de su boca con una solemnidad absurda, como si invocara a un guerrero legendario en lugar de a una botarga desaliñada con plumas sintéticas. Tomó el radio que descansaba sobre la mesa, sus dedos

torpes buscando el botón correcto, y murmuró algo ininteligible en el dispositivo, su voz entrecortada por estática y una risa nerviosa que no logró ocultar.

En el fondo del cuarto, las pantallas parpadeaban con las imágenes de los chicos avanzando por el pasillo oscuro, ajenos al caos que se desataba tras bambalinas. La señora González, aún temblando de furia, se dejó caer de nuevo en la silla, que protestó con un gemido metálico. Tomó su copa de vino y dio un sorbo largo y deliberado, el líquido carmesí manchando ligeramente sus labios mientras sus ojos se clavaban en los monitores. “Si ese pollo no los mata,” masculló para sí misma, “voy a entrar yo misma y los voy a despellejar con mis manos.” Franz, prudentemente, optó por no responder, limitándose a observar las pantallas con una mezcla de aprensión y curiosidad, preguntándose si el hombre-pollo sería capaz de redimir su propio fracaso. El juego, caótico e improvisado, seguía su curso, teñido ahora de una imprevisibilidad que ni siquiera sus creadores podían controlar.

Mientras tanto, en el cuarto marcado con el “4”, Fernando, Turris, Mona y Tuty permanecían inmóviles, contemplando el letrero de “en construcción” con una mezcla de alivio y desconcierto. El espacio estaba vacío, un lienzo en blanco de paredes desnudas y suelo polvoriento que contrastaba brutalmente con la locura de los retos anteriores. El silencio era denso, roto solo por el eco lejano de sus respiraciones agitadas. Fernando, con las manos en las caderas y una expresión de incredulidad, rompió la quietud: “¿Qué pedo con esto, weyes? ¿Se les olvidó terminar su jueguito o qué?”. Su voz reverberó en el vacío, cargada de una arrogancia que intentaba disfrazar la incertidumbre que lo carcomía.

Turris, aún tembloroso por los encuentros previos, se acercó al letrero y lo tocó con cautela, como si esperara que algo saltara de él. “Tal vez… ¿ya ganamos?”, sugirió, su tono vacilante traicionando su propia duda. Mona, con el osito de peluche aún aferrado contra su pecho, soltó una risita nerviosa. “Sí, claro, y ahora nos van a dar medallas y un Pokémon de verdad” replicó, su sarcasmo cortante como un filo. Tuty, por su parte, se limitó a mirar al suelo, sus trenzas deshechas cayendo sobre su rostro como un velo, murmurando algo inaudible que nadie se molestó en descifrar.

Antes de que pudieran procesar más, un crujido familiar irrumpió en la escena. Desde el pasillo oscuro que acababan de cruzar, una figura tambaleante emergió, su silueta recortada contra la tenue luz que se filtraba desde el cuarto anterior. Era el hombre-pollo, su disfraz aún más desastrado que antes, con plumas arrancadas colgando como heridas abiertas y una mancha fresca de lo que parecía ser kétchup —o algo más siniestro— escurriendo por su pecho emplumado. En una mano sostenía una bolsa de plástico arrugada, y en la otra, un palo de escoba astillado que blandía como si fuera una lanza improvisada. Su respiración, jadeante y húmeda, resonaba bajo la máscara, y sus movimientos eran erráticos, como los de alguien al borde del colapso.

“¡Pequeñines!” graznó con esa voz empalagosa que ya conocían, aunque ahora estaba teñida de un dejo de desesperación. “¡Hora de… de terminar el juego! ¡Los Pokimones ya no están, pero les traje algo mejor!” Agitó la bolsa frente a ellos, y un par de dulces rancios rodaron al suelo, reventándose con un sonido húmedo al impactar el concreto. Los chicos retrocedieron instintivamente, formando un semicírculo defensivo. Fernando, con el ceño fruncido y los puños apretados, dio un paso al frente. “Ya valió madres tu juego, wey. ¿Qué quieres ahora? ¿Darnos dulces podridos o qué chingados?” Su tono era un desafío abierto, pero sus ojos traicionaban un destello de temor.

El hombre-pollo titubeó, el palo temblando en su mano. “No… no es eso,” balbuceó, su voz quebrándose. “Me… me mandaron a… a terminarlos.” Las últimas palabras salieron como un susurro, casi un lamento, y por un instante pareció que el disfraz se hundía bajo el peso de su propia confesión. Pero entonces, con un movimiento torpe, levantó el palo y cargó hacia ellos, un grito ahogado escapando de su garganta: “¡Deus vult!”.

El caos estalló en un segundo. Turris, con un reflejo inesperado, se lanzó al suelo y rodó hacia un lado, esquivando el ataque por centímetros. Mona, gritando como poseída, arrojó su osito de peluche directo a la cara del pollo, desorientándolo momentáneamente mientras el juguete rebotaba con un sonido triste. Tuty, paralizada por el miedo, se quedó clavada en su lugar, sus ojos abiertos como platos. Pero fue Fernando quien tomó la iniciativa. Con un rugido que mezclaba furia y adrenalina, se abalanzó sobre el hombre-pollo, tacleándolo con todo el peso de su cuerpo. Ambos cayeron al suelo en un revoltijo de plumas y maldiciones, el palo de escoba rodando fuera de alcance.

"¡Pinche wey loco!" gritó Fernando, inmovilizando al hombre-pollo bajo su peso mientras le arrancaba la máscara de un tirón. Debajo del disfraz no había un monstruo, sino un rostro humano, pálido y sudoroso, con ojos enrojecidos y una expresión de derrota absoluta. Era un hombre joven, apenas mayor que Fernando, con el cabello desordenado y una barba rala que no lograba ocultar su juventud. "¡Por favor, no me peguen!" suplicó, su voz temblorosa desprovista de cualquier rastro de amenaza. "¡Me obligaron! ¡No quería hacer esto!"

Los chicos se quedaron inmóviles, jadeando, mientras procesaban la revelación. Fernando, aún encima del hombre, lo soltó lentamente, poniéndose de pie con una mezcla de confusión y desprecio. "¿Quién te obligó, wey? ¿Qué está pasando aquí, wey?" exigió, su voz cortante. El hombre, ahora desprovisto de su disfraz, se arrastró hasta quedar sentado contra la pared, abrazándose las rodillas. "Ellos… la señora González y el alemán loco. Me contrataron para asustarlos, para meterlos en la camioneta. Dijeron que era un juego, un experimento raro, pero luego… luego me mandaron a matarlos porque se les acabó el presupuesto o algo así. No sé, no entiendo nada, ¡lo juro!".

Turris, recuperándose del susto, se acercó con cautela. "¿Entonces todo esto… no era de verdad? ¿Las peceras, la piñata, la mujer lagarto?" El hombre negó con la cabeza, las lágrimas mezclándose con el sudor en su rostro. "La mujer lagarto es mi prima, la contrataron también. Las peceras eran de una tienda de mascotas, y la piñata… no sé, la hicieron con cosas del basurero. Todo era un montaje barato, pero se salió de control. Querían algo grande, como una película de terror, pero no tenían ni mierda de dinero."

Mona, recuperando su osito del suelo, lo abrazó con fuerza mientras procesaba las palabras. "Entonces… ¿no íbamos a morir?" preguntó, su voz temblando entre el alivio y la incredulidad. El hombre soltó una risa amarga, casi histérica. "No sé qué querían al final. Creo que ni ellos lo sabían. Solo me gritaron por el radio que los matara y ya, pero… no puedo. No soy un asesino, solo necesitaba el trabajo."

Fernando, con los brazos cruzados y una expresión de hartazgo, dio un paso atrás. "Pinches weyes, cómo están eyes Nos tuvieron corriendo como ratas en zapato por nada." Se giró hacia los demás, su tono firme pero cargado de una extraña calma. "Vámonos de aquí, weyes. Que estos pendejos se arreglen solos." Nadie objetó. Con un último vistazo al hombre-pollo, que seguía sollozando contra la pared, el grupo dio media vuelta y caminó hacia el pasillo oscuro, buscando la salida por instinto.

El trayecto de regreso fue un eco inverso de su llegada: pasaron junto a la carpa de la mujer lagarto, ahora vacía y silenciosa, atravesaron el cuarto de la piñata, donde los dulces rancios seguían esparcidos como restos de una fiesta fallida, y finalmente cruzaron el umbral de las peceras, cuyos habitantes seguían zumbando en su caos. Cuando llegaron al parque de diversiones en miniatura, las luces parpadeaban débilmente, como si el lugar entero estuviera al borde del colapso. Una puerta lateral, apenas visible entre las sombras, los condujo al exterior. El aire fresco del estacionamiento

trasero de El Pollo Feliz los golpeó como una bendición, y el sol, ya bajo en el horizonte, tiñó el cielo de un naranja cansado.

Nadie dijo nada por un largo rato. Se quedaron ahí, parados junto a la furgoneta oxidada, respirando el aire limpio como si fuera la primera vez. Fernando, con las manos en los bolsillos, pateó una piedra suelta y murmuró: “Qué pinche día tan culero.” Turris asintió, aún pálido pero con una chispa de alivio en los ojos. Mona abrazó su osito con más fuerza, y Tuty, por fin, alzó la vista y sonrió débilmente, como si acabara de recordar cómo hacerlo.

En el interior del restaurante, la vida seguía su curso. El aroma a pollo asado llenaba el aire, las familias reían y comían, ajenas al desastre que había tenido lugar a pocos metros. Fernando miró hacia la entrada, luego a sus compañeros, y con un suspiro resignado dijo: “¿Qué, weyes? ¿Nos echamos un pollo o qué?”. La propuesta fue recibida con risas cansadas, pero sinceras, y uno a uno, asintieron. Entraron al restaurante como si nada hubiera pasado, dejando atrás la pesadilla en el estacionamiento, en la furgoneta, en los cuartos a medio construir de un juego que nunca tuvo sentido.

Mientras tanto, en el cuarto de monitoreo, la señora González y Franz observaban las pantallas vacías, el silencio entre ellos tan pesado como una sentencia. “Se fueron,” murmuró ella, su voz apagada por la derrota. Franz, sorbiendo el último trago de su vino, respondió con un gruñido: “Zí, ze acabó el juegoz.de los ratonez en zapatoz” Ninguno dijo más. Afuera, el hombre-pollo, aún temblando, recogió su disfraz y salió al atardecer, desapareciendo entre las sombras con la bolsa de dulces podridos como único recuerdo de su fracaso.

Y así, el Juego del Destino terminó no con un estallido, sino con un susurro, un eco absurdo de ambiciones rotas y pollo asado, mientras Fernando y los demás, marcados pero vivos, se sentaban a comer, decididos a no mirar atrás.